

Ignacio Martínez de Pisón y las muertes ejemplares

Álvaro Matute

Los que hemos leído *Manhattan Transfer* en español lo hicimos gracias a la traducción de José Robles Pazos. Este personaje, figura central de *Enterrar a los muertos*, libro de novelista sin un ápice de ficción sino historia fiel, tuvo una biografía común a la de su generación: educado en la Institución Libre de Enseñanza, ilustra la obsesión de Ortega: europeizar España. La vida de Robles tiene en común con la de otros españoles nacidos a finales del siglo XIX y primeros años del XX, aparte de beneficiarse de la reforma educativa de Fernando de los Ríos, el complementar sus estudios fuera de España, colaborar con el Centro de Estudios Históricos en su gran momento, y a diferencia de otros, pero no radical, el haber emigrado a los Estados Unidos sin que mediara ningún conflicto, donde se ubicó en la Johns Hopkins University con la misión de enseñar literatura española. Casó con Margarita —Márgara— Villegas, hermana de Amparo, inolvidable intérprete de *Celestina* en los escenarios mexicanos. Márgara también tradujo a su amigo común John Dos Passos, en su caso, *Rocinante vuelve al camino*. Después, ya en el exilio, colaboró con el Fondo de Cultura Económica en la labor de volver a nuestra lengua textos académicos. Padres de dos hijos, Francisco —Coco—, nacido en España, y Miggie, oriunda de Maryland, cuyas vidas también son tema de esta saga. Menciono a todos los Robles porque la historia les es común. Pepe Robles Pazos, gallego de nacimiento, regresaba de Baltimore a Madrid en los veranos, excepto en uno (1932) en que viajó a México a dar un curso ¿en la Escuela de Verano de la UNAM? Tal vez. Entusiasmado con la República, colaboró con ella cuanto pudo. Sus viajes no eran sólo recreativos. En su primer año sabático trabajó en España y el

del verano de 1936 sería el definitivo. Ya no regresaría a la Johns Hopkins, permanecería en España hasta su muerte, ocurrida al año siguiente.

A su buen dominio del inglés quiso sumar el del ruso, no por inclinaciones ideológicas sino literarias. En eso andaba ya en plena guerra, lo cual le facilitó trabajar con los soviéticos enviados por Stalin a apoyar a la República, o más bien a dominar la situación. Los servicios soviéticos encontraron en Robles a uno de sus primeros chivos expiatorios. Sobre eso hablaré más adelante.

La otra historia que Ignacio Martínez de Pisón narra, no sin cierto ir y venir temporal, es la de John Dos Passos y su relación con España. Dos Passos y Robles se conocen desde el primer viaje del autor de la *Trilogía USA* en 1916 y se forja una amistad que durará hasta el fin de la vida de Robles y se prolongará en un compromiso con la familia, con la justicia, con la verdad. Para Dos Passos, la muerte de Robles será el detonador de su viraje que lo tornaría en un escritor políticamente incorrecto, en beneficio de su antagonista Ernest Hemingway, que capitalizó en su favor la animadversión que se ganó Dos Passos de parte de los izquierdistas. Historia de amistades y rupturas, la relación Dos Passos-Hemingway tiene en España el escenario de la segunda. La muerte de Pepe Robles y la búsqueda del porqué llevó a Dos Passos a su distanciamiento con los culpables, los stalinistas españoles tripulados por los agentes soviéticos que urdieron utilizar como ejemplo a Robles, falsamente acusado de espía, para atemorizar a disidentes, fueran éstos trotskistas o anarquistas o, como en el caso de nuestro personaje, simplemente simpatizantes republicanos. Ignacio Martínez de Pisón recrea el ambien-



te de terror propiciado por los soviéticos, secundado de manera entusiasta por esbirros españoles y tolerado con su silencio por funcionarios de la República. Hay personajes que no salen muy bien parados en esta historia, precisamente por su pasividad e indiferencia ante la desaparición y posterior ejecución, como Julio Álvarez del Vayo, para sólo citar un nombre.

Pero la historia no termina en 1937 con el suceso lamentable de quien acaso hubiera engrosado las filas del exilio español recibido por el general Cárdenas, como sucedió después con su viuda e hijos. Pero antes de que los tres coincidieran temporalmente en tierra mexicana, Francisco Coco Robles quiso limpiar la memoria de su padre, acusado de ser espía, y aceleró su papel en la guerra, pese a su juventud. Hecho preso por los fran-

quistas pasó de prisión en prisión hasta que pudo salir de España en 1944. A Mágina, la viuda, le costó tiempo conseguir el acta de defunción de su marido para poder cobrar el seguro que la amparaba de parte de la universidad norteamericana. La historia sigue con ellos pero también con la tortuosa relación entre el autor de *Por quién doblan las campanas* y el de *1919*. Repudiado el segundo por los comunistas y por la izquierda en general, a partir de la muerte de Robles dejó de creer en *la causa* y dio su apoyo real a los deudos. Como las acciones individuales no se pueden dar fuera de contexto, los ataques a su persona fueron cada vez más fuertes; él, por su parte, transitó al anticomunismo militante. Todo ello afectó, más que su obra literaria, la recepción de ella. Incluso hoy en día, poco se lee a uno de los escritores que revolucionaron los cánones narrativos del siglo xx y que proyectó una influencia definitiva hacia otras literaturas. Con mejor manejo de su imagen, Hemingway es reconocido, si bien merecidamente, no en detrimento de otro autor de primera línea.

El libro de Ignacio Martínez de Pisón (Zaragoza, 1960) como investigación histórica es ejemplar. Un asunto lo llevó a otro, o mejor, una pista a otra, de manera que tras el hilo de Ariadna que representa el caso Robles, llegó a fuentes no previstas, a entrevistas, libros, archivos, al encuentro con *Miggie* Robles, desde luego informante, a descubrir los tortuosos vericuetos de la colaboración entre stalinistas soviéticos y españoles, a los cuales por cierto se les hizo justicia, ya que prácticamente ninguno sobrevivió de esa red de asesinatos que tienen en el perpetrado el 20 de agosto de 1940 en Coyoacán uno de sus éxitos mayores. Y si como investigación histórica el libro es ejemplar (como antiguo profesor de "Introducción a la historia" lo recomen-

daría a mis alumnos sin reservas) como narración es extraordinario. Novelista reconocido, la agilidad de su prosa impide el abandono del libro, incluyendo el apéndice. Muestra magnífica del deseable maridaje entre rigor documental, interpretación histórica y narración. Ésta, si bien no tiene los *flash backs* y *flash aheads* al estilo de Dos Passos, logra un manejo temporal con adelantos y regresos que permiten seguir la trama, la cual no es lineal aunque se enmarca en un principio y un fin. Huelga decir que es una historia contada con intensidad y sin los acartonamientos del academicismo; también vale repetir que no hay ficción, toda es historia acontecida. Asimismo, vale como aclaración, acaso innecesaria, que el autor está libre de toda sospecha de franquismo. Lo valioso es reconocer las desviaciones y defectos de aquellos con los que se simpatiza. Por cierto, en la obra siempre está presente la Guerra Civil. Es más trasfondo que asunto. Emerge hacia el primer plano cuando hace falta; queda como telón cuando los protagonistas asumen el papel que les toca en la escena. De éstos, hay muchos, trátase ya de los Robles, de Dos Passos-Hemingway, de los esbirros stalinistas, de un George Orwell que aparece hacia el final y cuya actuación trasciende hacia el sentido de la trama, y así un amplio número de personajes mayores, medianos o menores, ninguno de los cuales resulta prescindible.

El libro termina con una cita de François Furet que también pudo haber sido epígrafe, de no ser porque las palabras de Furet cobran pleno sentido justo al final. La cita dice: "Quien critica a Stalin está a favor de Hitler. El genio del georgiano consiste en haber hecho caer a tantos hombres razonables en esa trampa, tan simple como aterrorizadora". Es necesario *enterrar a los muertos*, sobre todo a *esos* dos muertos, responsables,

cada uno, de la muerte de millones de seres. Si se les logra enterrar definitivamente, la conciencia histórica habrá dado un enorme paso adelante. Es menester liquidar la disyuntiva tramposa a la que alude Furet, dado que es posible que en 2005 haya todavía quienes crean que pese a todo, Stalin hizo las cosas por el proletariado mientras que Hitler por la burguesía. Para aludir a otro pensador francés, Marc Bloch hacía ver que los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres, lo cual convalida la teoría de las generaciones propalada por Ortega y Gasset. Tal vez no haya habido individuos más parecidos en el mundo, en la primera mitad del siglo xx que Hitler y Stalin. Tan irracional uno como el otro. La ideología puede construir justificantes y tratar de salvar a uno u otro, según la noción de (in)corrección política que se detente. La historia, para ser justa, no debe hacer otra cosa sino mostrar cuán execrables fueron ambos y cuán deseable es que no surjan epígonos.

Resulta difícil enterrar a los muertos, hacer que la historia sea pasado, verla con distancia y perspectiva. Un libro como éste puede ser indicador de qué muertos deben estar bien sepultados y a cuáles se les recordará como ejemplares. En una dimensión quedan Franco, Hitler y Stalin; en la otra personas como Pepe Robles Pazos, cuya vida fue segada de manera absurda. Por lo que toca a los escritores estadounidenses, sus obras están ahí, al igual que sus vidas. Ellos no son muertos a enterrar: lo que debe ir a la tumba es el prejuicio que hizo a muchos abandonar su lectura. Vale la pena recuperarla. [U]

Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2005, 269 pp.

Resulta difícil enterrar a los muertos,
hacer que la historia sea pasado,
verla con distancia y perspectiva.